

EL PACTO ENTRE DIOS Y SU PUEBLO

El origen del pacto entre Dios e Israel se registra en Éxodo 19. Este pacto había de determinar todas las relaciones entre Dios y Su pueblo a partir de ese instante.

En el tercer mes después de que salieron de Egipto, los israelitas acamparon al pie del Monte Sinaí.

¹En el mes tercero de la salida de los hijos de Israel de la tierra de Egipto, en el mismo día llegaron al desierto de Sinaí. ²Habían salido de Refidim, y llegaron al desierto de Sinaí, y acamparon en el desierto; y acampó allí Israel delante del monte.

Moisés subió al monte y Dios ofreció hacer de Israel Su pueblo especial si obedecían Sus palabras (19.3–6). Moisés le repitió al pueblo el ofrecimiento de Dios y ellos acordaron hacer todo lo que el Señor había mandado (19.7, 8).

Los israelitas recibieron instrucciones de consagrarse para encontrarse con el Señor. Nadie había de acercarse al monte (19.9–15). En el tercer día, Dios se presentó ante el pueblo (19.16–19). Luego, instruyó a Moisés para que regresara a la cima del monte, llevando a Aarón consigo (19.20–25).

PASO UNO: SE HACE EL PACTO (19.3–9)

Dios y Moisés se encuentran (vers.^{os} 3–6)

³Y Moisés subió a Dios; y Jehová lo llamó desde el monte, diciendo: Así dirás a la casa de Jacob, y anunciarás a los hijos de Israel: ⁴Vosotros visteis lo que hice a los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águilas, y os he traído a mí. ⁵Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. ⁶Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa. Estas son las palabras que dirás a los hijos de Israel.

Cuando los israelitas habían acampado al pie del Monte Sinaí, «Moisés subió a Dios» por primera vez. (Vea la tabla en la página 3.) Mientras Moisés estaba en el monte, Dios le dijo que le diera a Israel la oportunidad de iniciar una relación pactal con Él.

Dios comenzó Su ofrecimiento hablando de lo que había hecho por Israel (vers.^o 4). Había triunfado sobre los egipcios por medio de las plagas y destruyendo su ejército en el mar, y había conducido a Israel a este monte. Había llevado a los israelitas «sobre alas de águilas» y los trajo a Sí mismo. La metáfora de las «alas de águila» sugiere que Dios llevó a los israelitas de la misma manera que un águila madre lleva a su cría cuando está aprendiendo a volar. La imagen sugiere el cuidado tierno de Dios y la completa dependencia de Israel. Al traer a Israel a Sí mismo, Dios cumplió la promesa hecha anteriormente (vea 3.12).

Al comenzar el proceso de la hechura del pacto, Dios anunció el fundamento del pacto. No estaba comenzando una relación de pacto con Israel debido a la justicia de Israel. De hecho, desde que Israel había salido de Egipto, el pueblo había demostrado con frecuencia que eran desleales, olvidadizos y desagradecidos. Por gracia, Dios había escogido a Israel debido a las promesas hechas a los patriarcas, especialmente las hechas a Abraham. El pacto se fundamentaba en los actos de gracia de Dios a favor de Israel, esto es, en lo que Dios había hecho por Israel, no en lo que Israel había hecho o prometido hacer por Dios.¹

Después de hablar de Sus propios actos de gracia como fundamento para el pacto, Dios detalló los términos del pacto (vers.^o 5). La responsabilidad de Israel era dar «oído» a la «voz» de Dios y guardar Su «pacto» —dos maneras de decir lo mismo. A su vez, Dios bendeciría a Israel haciéndolo Su

¹ Compare con Deuteronomio 7.6–8; 9.4–6.

«especial tesoro» de entre todos los pueblos de la tierra. Este pasaje afirma que, independientemente de lo que se diga acerca de los israelitas, fueron el pueblo especial de Dios en el Antiguo Testamento.² Dios tenía derecho a escoger a Israel porque toda la tierra le pertenece.

La expresión «mi especial tesoro» también se traduce como «mi propia posesión» (NASB), «un tesoro especial para mí» (NKJV), «la posesión que atesoro» (NRSV; NIV), «mi propio pueblo» (CEV), «mi especial posesión» (REB; NAB), y «mi posesión personal» (NJB). El privilegio de ser el pueblo de Dios supone bendiciones especiales. Dios cuida y bendice a Su propio pueblo.

Dios añadió a esta idea el hecho de que Israel sería «un reino de sacerdotes» y «gente santa» (vers.^o 6). La frase «un reino de sacerdotes» se consigna como «un reino sacerdotal» en la NRSV. Walter C. Kaiser, Jr. dijo que de hecho hay cuatro traducciones defendibles de la frase hebrea: «reyes, [es decir], sacerdotes», «sacerdocio real», «reino sacerdotal», «reyes (y) sacerdotes».³

Burton Coffman afirmó que este pasaje demuestra «que el sacerdocio judío que el Señor le dio después a Israel *no* era lo que originalmente se pretendía», que Dios originalmente tenía la intención de que cada creyente fungiera como sacerdote.⁴ Sin embargo, el sistema sacerdotal no podría haber sido un elemento secundario ni una alternativa inferior en el plan de Dios. El sistema sacerdotal que inició poco después de este punto constituyó una «sombra de los bienes venideros» (Hebreos 10.1), permitiéndoles a las personas, tiempo después, comprender mejor la relación de Dios con el hombre en el nuevo pacto.

En contraste con los puntos de vista de Coffman, la mayoría de los comentaristas ven la frase en el sentido de que resalta toda la nación como «reino de sacerdotes», o reino sacerdotal, en lugar de los individuos como sacerdotes. R. Alan Cole

² Israel fue la nación escogida por Dios durante la era mozaica, sin embargo, bajo la dirección del Nuevo Testamento, la distinción entre judíos y gentiles ha sido eliminada (vea Gálatas 3.26–29; Efesios 2.13–18). Por lo tanto, en la época actual, no podemos decir que los judíos, como personas físicas o Israel como una nación terrenal, sean el pueblo de Dios más que ningún otro pueblo.

³ Walter C. Kaiser, Jr. “Exodus” («Éxodo») en *The Expositor’s Bible Commentary (Comentario bíblico del Expositor)*, vol. 2, *Genesis – Numbers (Génesis – Números)* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1990), 417.

⁴ Burton Coffman creía que los israelitas, a causa del pecado, perdieron el privilegio de sacerdocio de todos los creyentes. (James Burton Coffman, *Commentary on Exodus, the Second Book of Moses (Comentario sobre Éxodo, el Segundo libro de Moisés)* [Abilene, Tex.: ACU Press, 1985], 259).

dijo por ejemplo: «la condición universal sacerdotal de Israel es sobre lo cual se pone la atención».⁵ Esta manera de entenderlo resalta *el tipo de nación que Israel había de ser*. John I. Durham, dijo que la frase «describe lo que Israel se supone siempre debió ser: un reino gobernado no por políticos que dependían de la fuerza y la confabulación, sino por sacerdotes que dependían de la fe en Yahvé, una nación sierva, no una nación gobernante».⁶ Hay un segundo énfasis puesto sobre *lo que la nación había de hacer*. Como reino de sacerdotes que era, el pueblo tenía la responsabilidad de compartir su conocimiento del Señor con los pueblos de otros reinos. Kaiser lo dijo bien: «La nación entera había de actuar como mediadores de la gracia de Dios para con las naciones de la tierra, tal como se le había prometido a Abraham, que por medio de él y su simiente todas las naciones de la tierra serían bendecidas (Génesis 12.3)».⁷

Israel había de ser una «nación santa», es decir, una nación apartada de las demás naciones para el uso de Dios. La palabra «santa» quiere decir en primer lugar «apartada». La palabra en sí no tiene connotaciones morales de bondad ni de justicia. Sin embargo, debido a que la «santidad» se le aplica a Dios, adquirió el significado de bondad y pureza. Tiempo después, se explicó con más detalles qué quería decir el hecho de que Israel fuera una «nación santa», especialmente en Levítico.

El pacto fue hecho entre Dios e Israel por medio de Moisés (vers.^{os} 7–9)

⁷Entonces vino Moisés, y llamó a los ancianos del pueblo, y expuso en presencia de ellos todas estas palabras que Jehová le había mandado. ⁸Y todo el pueblo respondió a una, y dijeron: Todo lo que Jehová ha dicho, haremos. Y Moisés refirió a Jehová las palabras del pueblo. ⁹Entonces Jehová dijo a Moisés: He aquí, yo vengo a ti en una nube espesa, para que el pueblo oiga mientras yo hablo contigo, y también para que te crean para siempre. Y Moisés refirió las palabras del pueblo a Jehová.

El siguiente paso en la realización del pacto era que el pueblo estuviera de acuerdo con los

⁵ R. Alan Cole, *Exodus: An Introduction and Commentary (Éxodo: Una introducción y comentario)*, Tyndale Old Testament Commentaries (Downers Grove, Ill.: Inter-Varsity Press, 1973), 145; John I. Durham, *Exodus (Éxodo)*, Word Biblical Commentary, vol. 3 (Waco, Tex.: Word Books, 1987), 263.

⁶ Durham, 263.

⁷ Kaiser, 416. Durham dijo que esta expresión presenta a Israel como una nación «comprometida a expandir en todo el mundo el ministerio de la Presencia de Yahvé» (Durham, 263).

LOS VIAJES DE MOISÉS AL MONTE¹

Éxodo dice que Moisés hizo varios viajes al monte. Estos viajes han sido interpretados de diversas maneras por comentaristas y puede que confundan al lector.

Viaje 1. Dios ofreció un pacto (19.3–7) —Dios ofreció hacer un pacto con Israel y Moisés bajó y repitió el ofrecimiento de Dios a Israel.

Viaje 2. El pueblo aceptó el ofrecimiento (19.8b–15) —Moisés llevó la respuesta de Israel a Dios y recibió un mensaje que decía que Dios bajaría al monte. Este mensaje incluía instrucciones acerca de lo que el pueblo debía hacer para recibir las instrucciones de Dios; Moisés bajó y se las refirió a ellos (19.14).

Viaje 3. Dios preparó al pueblo para recibir la Ley (19.20–25) —Dios llamó a Moisés para advertirle que no dejara acercarse al pueblo y para decirle que subiera con algunos otros; 19.25 dice que Moisés bajó y se lo dijo al pueblo. En Éxodo 20, Dios le dio los Diez Mandamientos a la asamblea ubicada al pie del monte. El pueblo oyó la voz de Dios desde su ubicación al pie del monte; asustados, le pidieron a Moisés que fuera él el que les hablara.

Viaje 4. Dios dio la Ley con mayor detalle a Moisés (20.21–23.33) —La afirmación que dice que Moisés «se acercó a la oscuridad en la cual estaba Dios» se refiere al siguiente viaje de Moisés al monte. Dios le dio las leyes en el Libro del Pacto y Moisés le dio al pueblo las leyes y las escribió (24.3, 4). Moisés bajó en 24.3; sin embargo, antes de bajar, le fue dicho que había de volver y llevar a otros con él (24.1, 2).

Viaje 5. Dios se encontró con los líderes de Israel (24.9–11) —Moisés llevó un contingente de líderes al monte y realizaron un banquete para celebrar (consagrar o ratificar) su pacto con Dios. Se le instruyó subir de nuevo en 24.12.

Viaje 6. Dios le dio instrucciones relacionadas con el tabernáculo (24.12–31.18) —Moisés subió a recibir las «tablas de piedra, y la ley, y mandamientos que he escrito para enseñarles» (24.12). También recibió instrucciones para construir el tabernáculo. Esta vez, estuvo ahí por cuarenta días y cuarenta noches (24.18). Cuando regresó al campamento israelita, tenía tablas de piedra con los mandamientos escritos por el dedo de Dios (31.18; Deuteronomio 5.22); sin embargo, descubrió al pueblo inmerso en idolatría (cap. 32).

Viaje 7. Moisés recibió la ley por segunda vez cuando Dios renovó el pacto (cap. 34) —Moisés subió con dos nuevas tablas de piedra, vio a Dios y recibió los Diez Mandamientos por segunda vez. Estuvo cuarenta días y cuarenta noches (34.28) y regresó con las tablas (34.29).

¹ Warren W. Wiersbe enumeró ocho viajes realizados por Moisés al monte. Vio un ascenso adicional en 32.31. (Warren W. Wiersbe, *Be Delivered [Libérese]* [Colorado Springs, Colo.: Victor, 1998], 203.) Umberto Cassuto dijo que en 19.9 hay implícito un viaje adicional desde el monte y de regreso a él. (U. Cassuto, *A Commentary on the Book of Exodus [Comentario sobre el libro de Éxodo]*, trad. Israel Abrahams [Jerusalem: Magnes Press, 1997], 228.)

términos del Señor. Aunque Israel no merecía ser el pueblo pactal de Dios ni podía dictar los términos del pacto, Dios les ofreció la oportunidad de aceptar o rechazar Su propuesta. Moisés convocó a los ancianos, como representantes del pueblo que eran, y les expuso las palabras del Señor. Lo probable es que el pueblo también estaba presente, si no, los ancianos les informarían lo que Moisés había dicho. El resultado fue que «todo el pueblo respondió a una, y dijeron: Todo lo que Jehová ha dicho, haremos» (19.8a).

Este acuerdo se convirtió en el pacto en el que se fundamentaría el trato de Dios con Israel. A partir de este momento en adelante, siempre y cuando los israelitas se mantuvieran fieles a su compromiso a hacer «Todo lo que Jehová [había] dicho», Dios los bendeciría como Su pueblo. Cuando no hicieran «Todo lo que Jehová [había] dicho», entonces Dios

estaba, por decirlo de alguna manera, libre de Su promesa en cuanto a ser el protector y proveedor de ellos. Más tarde, cuando Dios explicó la Ley con mayores detalles, se hizo evidente que, aunque puede que Dios no rompió Sus lazos con los israelitas cuando pecaron, el pueblo experimentó las maldiciones de Dios cuando no le obedecieron. El Antiguo Testamento, de Éxodo 19 en adelante, es la historia de cómo Israel mantuvo —o, más frecuentemente, no logró mantener—su promesa a Dios y de cómo Dios bendijo o maldijo a Israel como resultado de ello.

En este acuerdo pactal, Moisés sirvió de intermediario. Como representante de Dios ante Israel, presentó la palabra de Dios al pueblo. Luego, como representante de Israel ante Dios, dio la respuesta de ellos a Yahvé (19.8b). El Señor le dijo a Moisés que Él descendería sobre el monte en una «nube» para

que el pueblo «oiga» cuando hablara con Moisés y «crean» a Moisés (vers.º 9). Mientras Moisés estuvo en el monte, Dios le dio las instrucciones adicionales contenidas en 19.10–13.

PASO DOS: EL PUEBLO SE PREPARA PARA RECIBIR LA LEY (19.10–25)

Se describe la preparación para el encuentro (vers.ºs 10–15)

¹⁰Y Jehová dijo a Moisés: Ve al pueblo, y santifícalos hoy y mañana; y laven sus vestidos, ¹¹y estén preparados para el día tercero, porque al tercer día Jehová descenderá a ojos de todo el pueblo sobre el monte de Sinaí. ¹²Y señalarás término al pueblo en derredor, diciendo: Guardaos, no subáis al monte, ni toquéis sus límites; cualquiera que tocara el monte, de seguro morirá. ¹³No lo tocará mano, porque será apedreado o asaeteado; sea animal o sea hombre, no vivirá. Cuando suene largamente la bocina, subirán al monte. ¹⁴Y descendió Moisés del monte al pueblo, y santificó al pueblo; y lavaron sus vestidos. ¹⁵Y dijo al pueblo: Estad preparados para el tercer día; no toquéis mujer.

Después de que el pacto fue recibido por el pueblo, su aceptación tenía que ser proclamada públicamente. Esta proclamación formal reconocía los requisitos específicos del pacto que los hijos de Israel ya habían aceptado. Una ocasión así de solemne requería que los israelitas se consagraran para su encuentro con el Señor. Debido a que el Señor es enteramente santo, fue necesario considerar detenidamente cualquier ocasión en la que Él se dignaba a encontrarse con seres humanos. Por lo tanto, después de que Moisés le dijo a Dios la respuesta de Israel a Su ofrecimiento, Dios le dio instrucciones de cómo debían consagrarse los israelitas para recibir la Ley.

El Señor dijo que la consagración de los israelitas había de ocupar dos días, y al tercer día, Él aparecería ante los ojos del pueblo. Como parte del proceso de consagración, el pueblo tenía que lavar sus vestidos. Además, debían considerar el monte demasiado sagrado como para tocársele; debían señalar «término» alrededor de él y no acercársele (vers.º 12). Si cualquier persona o animal de hecho tocaba el monte, había de ser muerto. Aún más, su pecado era, en cierto sentido, contagioso. Del mismo modo que el tal no podía tocar el monte, los que le daban muerte no habían de tocarlo. Por el contrario, tenían que darle muerte ya sea por lapidación o disparándole flechas. El pueblo «[subiría] al monte» únicamente cuando «la bocina» sonaba al tercer día. Incluso entonces, habían de reunirse

al pie del monte en lugar de subir a él.

Moisés volvió a bajar del monte para dar estas instrucciones al pueblo, e hicieron como había instruido el Señor (vers.º 14). Moisés indicó que, como parte de su preparación para estar ante la presencia de Dios, debían abstenerse de tener relaciones sexuales («no toquéis mujer») hasta después de Su aparición (vers.º 15).

Se describe el encuentro (vers.ºs 16–25)

¹⁶Aconteció que al tercer día, cuando vino la mañana, vinieron truenos y relámpagos, y espesa nube sobre el monte, y sonido de bocina muy fuerte; y se estremeció todo el pueblo que estaba en el campamento. ¹⁷Y Moisés sacó del campamento al pueblo para recibir a Dios; y se detuvieron al pie del monte. ¹⁸Todo el monte Sinaí humeaba, porque Jehová había descendido sobre él en fuego; y el humo subía como el humo de un horno, y todo el monte se estremecía en gran manera. ¹⁹El sonido de la bocina iba aumentando en extremo; Moisés hablaba, y Dios le respondía con voz tronante. ²⁰Y descendió Jehová sobre el monte Sinaí, sobre la cumbre del monte; y llamó Jehová a Moisés a la cumbre del monte, y Moisés subió. ²¹Y Jehová dijo a Moisés: Desciende, ordena al pueblo que no traspase los límites para ver a Jehová, porque caerá multitud de ellos. ²²Y también que se santifiquen los sacerdotes que se acercan a Jehová, para que Jehová no haga en ellos estrago. ²³Moisés dijo a Jehová: El pueblo no podrá subir al monte Sinaí, porque tú nos has mandado diciendo: Señala límites al monte, y santifícalo. ²⁴Y Jehová le dijo: Ve, descende, y subirás tú, y Aarón contigo; mas los sacerdotes y el pueblo no traspasen el límite para subir a Jehová, no sea que haga en ellos estrago. ²⁵Entonces Moisés descendió y se lo dijo al pueblo.

El último párrafo del capítulo 19 describe la teofanía, la aparición de Dios al pueblo, la cual se dio al tercer día. El descenso del Señor sobre el monte tuvo que haber sido impresionante. Las palabras caen unas sobre otras; las imágenes vienen unas tras otras rápidamente, intensificando el efecto de su aparición. El escritor estaba tratando de describir lo que debió haber sido un espectáculo indescriptible. La aparición del Señor incluyó los siguientes elementos:

- truenos y relámpagos
- una espesa nube sobre el monte
- un sonido de bocina muy fuerte
- un monte que humeaba
- el descenso del Señor en fuego
- humo que subía como de un horno
- un terremoto local, el monte se estremeció
- el sonido de la trompeta aumentaba cada

vez más

- El Señor le respondía a Moisés con voz como de trueno

Estos fenómenos trastornadores de los sentidos llamaban la atención del pueblo y la concentraban en Aquel con el que estaban comenzando un pacto. Dios no era un rey humano ni un ídolo invisible, sino Alguien que utilizaba rayos y truenos como Sus siervos, que estremecía los montes, que aparecía en la nube y en el fuego. Los israelitas debieron haber aprendido que no podían desobedecer a Dios y quedar impunes. Dios dijo que Su aparición ante el pueblo tenía por objeto permitirles escuchar cuando hablaba con Moisés y hacerles creerle a Moisés «para siempre» (19.9). Sin duda, estas imágenes y sonidos también tenían como objetivo motivarlos a cumplir la Ley que Dios pronto les daría por medio de Moisés.

Al escuchar y ver los truenos y los relámpagos, el sonido de trompeta y la nube que indicaba la presencia de Dios en el monte, el pueblo «se estremeció» (vers.º 16). No obstante, Moisés «sacó del campamento al pueblo para recibir a Dios». Entonces, Dios conversaba con Moisés —Moisés hablaba y Dios le respondía «con voz tronante». Luego, el Señor llamó a Moisés para que subiera al monte por tercera vez (19.20). Le dijo a Moisés que le advirtiera al pueblo no acercarse al monte, porque de lo contrario morirían. Los «sacerdotes» habían de «santificarse» cuando se acercaran al Señor, y si no lo hacían, el Señor haría «en ellos estrago». En otras palabras, Dios mismo les daría muerte. Moisés, al parecer, no entendió por qué Dios repitió las instrucciones; dijo que al pueblo ya se le había dicho que no se acercara al monte.⁸

⁸ La respuesta desconcertante de Moisés es comprensible a la luz de las instrucciones ya dadas (vers.º 12).

Sin embargo, Dios insistió en que Moisés bajara y volviera a subir,⁹ trayendo a Aarón con él. Dio a entender que Moisés necesitaba advertirle al pueblo que no se acercara. Entonces, Moisés hizo lo que el Señor le había dicho que hiciera.

CONCLUSIÓN

La escena del encuentro de Israel con Dios fue impresionante. Cada detalle fue preparado para la entrega de la Ley al pueblo.

⁹ Umberto Cassuto dijo: «la declaración de Moisés es rechazada tajantemente: “Ve, desciende...” —haz lo que te he mandado y no cuestiones mis órdenes» (U. Cassuto, *A Commentary on the Book of Exodus [Comentario sobre el libro de Éxodo]*, trad. Israel Abrahams [Jerusalem: Magnes Press, 1997], 234).

¿QUIÉNES ERAN LOS «SACERDOTES»?

Puesto que la Ley aún no había sido dada, el sacerdocio de Aarón no había iniciado. Al parecer, estos sacerdotes fueron los que sirvieron antes del establecimiento del sacerdocio de Aarón por parte de la Ley. Lo probable es que eran hombres jóvenes, tal vez el primogénito de cada familia, que habían sido dedicados a Dios y ofrecían sacrificios por el pueblo (vea 13.2; 24.5).¹

¹ Walter C. Kaiser, Jr. “Exodus” («Éxodo») en *The Expositor’s Bible Commentary (Comentario bíblico del Expositor)*, vol. 2, *Genesis—Numbers (Génesis—Números)* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1990), 419.

LA RELACIÓN DE DIOS CON SU PUEBLO (19.1–8)

Ningún otro evento antiguotestamentario parece más importante que el que se registra en Éxodo 19.1–8. En este pasaje, el pacto de Dios con Israel define Su relación con Israel y provee el escenario para el resto del Antiguo Testamento. Aunque este pacto es importante en sí mismo, también es importante porque la relación de Dios con Israel en tiempos antiguotestamentarios es paralela a nuestra relación con Él hoy (1ª Pedro 2.9; Gálatas 3.29). Los israelitas se convirtieron en el pueblo de Dios por medio de un pacto. Nosotros también tenemos un pacto (Hebreos 8.6, 8). El pacto de Dios con Israel puede ser visto como un tipo del pacto de Dios con nosotros hoy.

La relación de Israel con Dios se fundamentó en Sus actos de gracia... así también la nuestra. El pacto comienza con lo que había hecho Dios: «Vosotros visteis lo que hice a los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águilas, y os he traído a mí» (19.4). Había liberado a Israel de Egipto enviando las plagas con el fin de obligar a Faraón liberar a Israel, y abriendo y cerrando el mar para salvar a Israel y destruir al ejército de Faraón. Había llenado las necesidades de los israelitas en el desierto, al proveer orientación (13.21, 22), agua (15.23–25; 17.2–6), comida (16.13), victoria en la batalla (17.8–13) y organización (cap. 18). Se nos recuerda que Israel no merecía la liberación ni las bendiciones de Dios. (Vea 14.10–12; 15.22–24; 16.19, 20, 28; 17.1–4; Deuteronomio 7.6–8; 9.4–6.) Piense en todo lo que Dios había hecho por Israel y luego pregúntese: «¿Qué había hecho Israel por Dios? Particularmente, ¿qué había hecho Israel para merecer ser liberados?». ¡Nada! Habían murmurado y se habían quejado. ¡Habían sido infieles, ingratos y desobedientes! ¡Israel no merecía la salvación!

De manera muy similar, la relación del cristiano con Dios comienza con lo que Este ha hecho (Tito 3.5; 2ª Timoteo 1.9, 10; Romanos 5.6–9). Somos salvos por gracia. Esto quiere decir que, al igual que Israel, ¡no merecemos la salvación!

La relación de Israel con Dios se fundamentó en la voluntad de ellos a aceptar Sus términos... así también la nuestra. Tenga en cuenta los términos del pacto

de Dios con Israel. Dios requirió algo de Israel: que obedecieran Su voz y guardaran Su pacto (19.5, 6). Israel tenía derecho a aceptar o rechazar lo que Dios le ofrecía; sin embargo, no tenía derecho a modificar tal ofrecimiento ni imponerle condiciones a Dios. Israel aceptó Sus términos (19.8).

Dios, habiendo hecho tanto por nosotros, nos ofrece la oportunidad de comenzar una relación con Él. Podemos ser Su pueblo, sin embargo, tenemos una opción. Para convertirnos en Su pueblo, tenemos que aceptar Sus términos. No podemos cambiar esos términos a nuestro antojo, ni dictar los términos de nuestra relación con Dios, ni hacer menos de lo que Dios propone. Tenemos que comprometernos a hacer todo lo que Él manda. Cuando nos hacemos cristianos, hacemos una promesa: «Todo lo que Jehová ha dicho, haremos». En ese momento no sabemos todo lo que podría exigir Él de nosotros. No obstante, al igual que Israel, hacemos un compromiso permanente, diciendo, en efecto: «Señor, aún no sé todo lo que mi compromiso requerirá de mí. Aún así, me comprometo a que, a medida que voy conociendo Tu voluntad para mi vida, la haré».

La relación de Israel con Dios se fundamentó en que se mantuvieran guardando el pacto... así también la nuestra. Mientras Israel fuera fiel al pacto, eran el pueblo especial de Dios, bajo Su cuidado y protección. Sin embargo, cuando el pueblo no obedecía la voz de Dios ni guardaba Su pacto, entregaba a Israel a sus enemigos.

Habían varios pecados que tenían que ver con su negativa a obedecer.

1) Se olvidaron de lo que Dios había hecho por ellos —la manera como los había salvado por gracia. 2) Se asociaron íntimamente con los incrédulos. En lugar de expulsar a los habitantes de la Tierra Prometida, se unieron a ellos en matrimonio. 3) Se acordaban de sus privilegios, pero se olvidaron de sus responsabilidades. Se vanagloriaban de ser el pueblo de Dios y de tener Su presencia entre ellos, sin embargo, vivían como si el tener el templo de Dios en medio de ellos les daba inmunidad contra el castigo por romper la ley de Dios (Jeremías 7). Se

olvidaron de que el privilegio de ser el pueblo de Dios venía acompañado de la gran responsabilidad de vivir como Su pueblo.

La relación del cristiano con Dios también se fundamenta en nuestra disposición a ser fieles al pacto. Muy frecuentemente, los cristianos son infieles a las promesas que hacen. 1) Nos olvidamos de lo que Dios ha hecho por nosotros. 2) Nos contaminamos de actitudes mundanas. 3) A veces, recordamos nuestros privilegios, sin embargo, olvidamos nuestras responsabilidades. Nos gloriamos de ser «el pueblo de Dios», sin embargo, olvidamos de que ello conlleva responsabilidades. Entre estas se encuentra la responsabilidad de compartir la luz con los demás, tratar de salvar las almas perdidas. (Vea 1ª Pedro 2.9, 10.)

Conclusión. ¡Qué gran privilegio nos ha concedido Dios en que seamos Su pueblo! Este privilegio nos debe llevar a responder con gratitud a Sus mandamientos. En primer lugar, lo hacemos convirtiéndonos en Sus hijos. Como Su pueblo, tenemos que tratar de vivir de acuerdo con el compromiso que hicimos cuando comenzamos una relación pactal con Él.

EL PUEBLO DE DIOS (19.5, 6; 1ª PEDRO 2.9, 10)

Así como la nación de Israel fue el pueblo de Dios durante el antiguo pacto, la iglesia es el pueblo de Dios regido por el nuevo pacto. ¿Qué quiere decir esto para los que están en la iglesia? 1) Al igual que Israel, somos un «linaje escogido» (vea Isaías 43.20, 21; 1ª Pedro 2.9). El pueblo escogido de Dios hoy en día no es el Israel en la carne, sino el Israel espiritual. Somos escogidos porque escogimos aceptar el regalo de la salvación de Dios. 2) Al igual que Israel, somos un «real sacerdocio». Como reino de sacerdotes, ofrecemos «sacrificios espirituales» (1ª Pedro 2.5). 3) Al igual que Israel, somos una «nación santa». Hemos de ser «santos» como Dios es santo (1ª Pedro 1.15, 16). 4) Al igual que Israel, somos un «pueblo adquirido por Dios». Somos únicos, habiéndonos comprados con la sangre de Cristo. Nuestros grandes privilegios vienen acompañados de una gran responsabilidad, a saber: ¡Hemos de proclamar las excelencias de nuestro Dios, así como Israel había de ser «luz de los gentiles»!

DIOS ESTABLECE LÍMITES (19.12, 23)

Así como Dios «[señaló] términos» para impedirles a los israelitas acercarse demasiado al monte, Él establece límites hoy en torno a Su santa Palabra. (Vea, por ejemplo, Deuteronomio 4.2; Apocalipsis 22.18, 19; 2ª Juan 9.)

LA MAGNIFICENCIA DE LA SANTIDAD DE DIOS (19.10–19; 15.11)

El pueblo no pudo acercarse al monte cuando Dios descendió. Tenemos que entender que Dios es inaccesiblemente «magnífico en santidad» (15.11). Demasiadas personas lo ven como a alguien amigable similar a un abuelo incapaz de lastimar a nadie. Debemos ver a Dios como amoroso; al mismo tiempo, hemos de entender que el que descendió en el Monte Sinaí inspiró miedo.¹⁰ «¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!» (Hebreos 10.31).

DOS MONTES: SINAÍ Y SIÓN (19.16–18; HEBREOS 12.18–24)

Hebreos 12 contrasta el monte Sinaí con el Monte Sión. La iglesia está incluida en el concepto de «Monte Sión» (vers.^o 23). Hoy, los cristianos no se han acercado a algo que hace que las personas tengan miedo, sino a algo mucho mejor:

Porque no os habéis acercado al monte que se podía palpar, y que ardía en fuego, a la oscuridad, a las tinieblas y a la tempestad, al sonido de la trompeta, y a la voz que hablaba, la cual los que la oyeron rogaron que no se les hablase más, porque no podían soportar lo que se ordenaba: Si aun una bestia tocara el monte, será apedreada, o pasada con dardo; y tan terrible era lo que se veía, que Moisés dijo: Estoy espantado y temblando; sino que os habéis acercado al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, a Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel (Hebreos 12.18–24).

¹⁰ Sobre este tema hay un sermón en Paul Woodhouse, «Una visión equilibrada de Dios», en «Éxodo, 2», *La Verdad para Hoy* (marzo de 1993), 3–6.

«PACTO»

El concepto de «pacto» es clave para comprender Éxodo, y, de hecho, para comprender todo el Antiguo Testamento. La palabra hebrea para «pacto», *berith* (בְּרִית), aparece 280 veces en el Antiguo Testamento,¹ y siempre se refiere a un tratado o acuerdo.²

Podía hacerse un pacto entre naciones o individuos, o entre Dios y los hombres. Entre los pactos del Antiguo Testamento estuvieron el pacto de Abraham con Abimelec (Génesis 21.27, 32), el pacto de Jonatán con David (1º Samuel 18.3), el pacto de David con Abner (2º Samuel 3.12, 13) y el pacto de Joiada con los que resguardaron al hijo del rey (2º Reyes 11.4). Las alianzas políticas también implicaron la realización de pactos. Israel hizo un pacto con los gabaonitas (Josué 9.6–15); las tribus del norte se convirtieron en subordinados de David haciendo un pacto con él (2º Samuel 5.1–3); Salomón hizo un pacto con el rey Hiram de Tiro (1º Reyes 5.12); el rey Asa de Judá buscó una alianza con Ben-adad de Siria al pedir que rompiera su pacto con Baasa rey de Israel (1º Reyes 15.19) y Acab hizo un pacto con Ben-adad después de que Acab hubo derrotado al ejército sirio (1º Reyes 20.34). A Israel se le advirtió no hacer pactos con otras naciones (Éxodo 23.32; 34.12–15; Deuteronomio 7.2). Incluso el matrimonio era considerado como un pacto, en vista de que se trataba de un acuerdo entre esposo y esposa a permanecer juntos (Proverbios 2.17; Malaquías 2.14).

La historia de la relación de Dios con el hombre es, en cierto sentido, la historia de los pactos que Dios hizo con el hombre. Todos los pactos de Dios

incluyen bendiciones provistas por Dios y vinculadas a responsabilidades dadas a la humanidad.³

El contexto de los pactos de la Biblia

El pacto inicial de Dios fue con Adán, aunque no se usa la palabra «pacto». Adán recibió ciertos privilegios y responsabilidades (Génesis 1.28, 29; 2.15–17). El pacto de Dios con Noé (Génesis 6.18; 9.9–17) se mantuvo vigente presumiblemente para todos, excepto los descendientes de Abraham durante todo el período del Antiguo Testamento. Dios hizo un pacto especial con Abraham (Génesis 15.18; 17.2–8; Éxodo 2.24), que incluía las promesas que dieron forma a la historia bíblica. Luego, Dios hizo un pacto con el pueblo de Israel, el pacto que rigió las relaciones de Dios con Israel durante el resto de la era antiguotestamentaria. Más adelante, Dios hizo un pacto con el rey David (2º Samuel 7.12, 13; 23.5), que consistió en una promesa que finalmente se cumplió en el Mesías. Sin embargo, el pacto con David, a la vez que ha contribuido al cumplimiento de las promesas de Dios a Abraham, no alteró los términos del pacto mosaico. Por último, tal como Dios había prometido por medio de Jeremías (Jeremías 31.31–34), Dios hizo un nuevo pacto con Su pueblo cuando vino el Mesías, el Cristo, (vea Mateo 26.28; Hebreos 8.8–13).⁴

¹ David T. Lusk, *God of the Covenant (El Dios del Pacto)* (S. l.: Por el autor, 1994), 4.

² Algunas fuentes especifican que el acuerdo que se incluye en un pacto es un «acuerdo formal». Gary A. Herion define «pacto» como «un acuerdo solemne entre dos o más partes, con carácter obligatorio mediante una especie de juramento» (Gary A. Herion «Covenant» [Pacto], *Eerdmans Dictionary of the Bible (Diccionario de la Biblia por Eerdmans)*, ed. David Noel Freedman. [Grand Rapids, Mich.: Wm B. Eerdmans Publishing Co., 2000], 288).

³ Algunos pactos entre Dios y el hombre, como los pactos con Abraham y los davídicos, se entienden como pactos incondicionales, en vista de que no requirieron de la obediencia del hombre. Sin embargo, las promesas de Dios a Abraham fueron aceptas mediante una fe activa, y la promesa en cuanto a que los descendientes de David reinarían en el trono terrenal de Israel sin duda fue condicional. Parece, por lo tanto, que todos los pactos de Dios con el hombre han sido, en cierto sentido, con condiciones.

⁴ Se mencionan otros convenios, en particular uno con Finees (Números 25.11–13) que tenía que ver con el sacerdocio. En ese caso, la palabra «pacto» parece utilizarse para referirse a una parte del pacto —las promesas contenidas en el pacto— así como en otros lugares la palabra «pacto» parece referirse solamente a los mandamientos, o requisitos, que se encuentran en el pacto.

Los pactos en la historia

Los pactos no son exclusivos de Israel; eran comunes en todo el Antiguo Cercano Oriente. En general, podían hacerse dos tipos de tratados, o pactos, entre pueblos o naciones. Los primeros incluían tratados entre iguales. Estos acuerdos a menudo incluían el intercambio de presentes o un matrimonio arreglado entre las casas reales de las partes del tratado. Lo probable es que las relaciones de Salomón con Egipto y Tiro incluyeran dichos tratados.

El otro tipo de tratado, o pacto, conocido como un tratado de protectorado feudal, se daba entre un poder o rey más grande y una potencia menor, como un rey vasallo. Los ejemplos que vemos en la tierra de los hititas (un antiguo reino localizado en lo que es la actual Turquía) son considerados típicos de esos tratados en todo el Cercano Oriente de esos días.

En estos tratados, el rey superior establecería lo que había hecho o haría por el poderío inferior. Luego, especificaba lo que el reino vasallo había de hacer por él, qué leyes o reglas tenían que obedecer. Incluido en el tratado vendría una declaración de los beneficios de la obediencia y las consecuencias de la desobediencia.

El pacto mosaico

El pacto que se encuentra en Éxodo 19 es muy importante. El resto del Antiguo Testamento ha de entenderse sobre la base de este acuerdo. Este pacto rigió las relaciones de Israel con Dios a lo largo de la era mosaica. Por ejemplo, Jeremías, en el siglo VI a. C., preguntó por qué Jerusalén había de ser destruida. La respuesta a la pregunta decía: «Porque dejaron el pacto de Jehová su Dios» (Jeremías 22.9). Además, cuando Jeremías profetizó que Dios haría un nuevo pacto con Israel, dijo que no sería «como el pacto que hice [Dios] con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto» (Jeremías 31.32). Según lo que entendía Jeremías, el pacto hecho en Sinaí se mantendría en vigor hasta que Dios diera el «nuevo pacto».

Porciones posteriores del Antiguo Testamento parecen decir que Israel hizo un nuevo pacto con el Señor (vea, por ejemplo, Josué 24.25; Esdras 10.3; Nehemías 9.38). Sin embargo, si el lector examina cada pasaje, verá que la referencia no es a un pacto diferente, sino al pacto mosaico. A veces, a una parte del pacto se le refiere como si fuera el todo. El término «Mandamientos», aunque estos son solamente una parte del pacto, es a veces sinónimo de la palabra «pacto». Además, se dice que las personas

a veces «harían un pacto» con el Señor cuando, en realidad, estaban renovando el pacto (renovando sus votos) o estaban sometiéndose voluntariamente al pacto. Es decir, se estaban convirtiendo en parte del mismo al hacer el mismo tipo de juramento que Israel hizo en Éxodo 19.

La historia antiguotestamentaria demuestra que, siempre y cuando los israelitas guardaban el pacto al obedecer a Dios, Él los bendecía. Cuando desobedecían (lo cual ocurrió con mayor frecuencia), entonces Dios los castigaba. Los poetas del Antiguo Testamento alabaron al Señor por Su gracia al dignarse hacer un pacto con Israel, o lamentaron la negativa de Israel a guardarlo. Los profetas instaron a Israel a guardar el pacto, o amenazaron con castigo porque no lo habían guardado.

El nuevo pacto

El nuevo pacto, al igual que el antiguo, se fundamenta en los actos misericordiosos de Dios, no en lo que han hecho los hombres. Se origina con Dios, no con los hombres. Los seres humanos tienen derecho a aceptar o rechazar el pacto, pero no a cambiar sus términos ni condiciones. El nuevo pacto, al igual que el antiguo, consiste de bendiciones y maldiciones. Los que no lo guardan serán condenados. Los que viven según sus responsabilidades al nuevo pacto serán bendecidos. Podemos ser hijos de Dios bajo un nuevo pacto (2ª Corintios 3.6), y el mismo Jesús es el mediador de este nuevo pacto (Hebreos 12.24).

VERSIONES DE LA BIBLIA USADAS EN ESTE ESTUDIO

- CEV — Contemporary English Version (Versión estadounidense contemporánea)
- KJV — King James Version (Versión del Rey Jacobo)
- NAB — New American Bible (Biblia Nueva Estadounidense)
- NASB — New American Standard Bible (Nueva Biblia de formato estadounidense)
- NIV — New International Version (Nueva Versión Internacional)
- NJB — New Jerusalem Bible (La Nueva Biblia de Jerusalén)
- NKJV — New King James Version (Nueva Versión del Rey Jacobo)
- NRSV — New Revised Standard Version (Nueva Versión Estándar Revisada)
- REB — Revised English Bible (Biblia Inglesa Revisada)
- RSV — Revised Standard Version (Versión Estándar Revisada)

Autor: Coy Roper

© 2013, LA VERDAD PARA HOY
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS